

SOBRE ALGUNOS ENAMORADOS
DE LOS LIBROS

editorial minúscula

Tour de force, 17

editorial minúscula

Philippe Claudel

Sobre algunos
enamorados
de los libros

Traducción de Lluís Maria Todó

editorial minúscula

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *De quelques amoureux des livres*

© 2015, Éditions Finitude

This edition published by arrangement with Anna Spadolini Agency, Milano.

© de la traducción: 2018 Lluís Maria Todó

Revisión: Marta Hernández

© 2018 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163 - 08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: febrero de 2018

Diseño gráfico: Pepe Far

Imagen de la cubierta: Derechos reservados

Esta obra se benefició del P. A. P. GARCÍA LORCA, Programa de Publicación del Institut français y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores y Europeos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-946754-8-5

Depósito legal: B-2241-2018

Printed in Spain

SOBRE ALGUNOS ENAMORADOS DE LOS LIBROS

*a quienes fascinaba la literatura
y que aspiraban a convertirse en escritores pero no lo consiguieron por
diversas causas relacionadas con las circunstancias, con el siglo en que
nacieron, con su carácter, debilidad, orgullo, cobardía, molicie, bravura,
o incluso con el azar, que hace de la vida un juguete y de nosotros, en
sus manos, tan solo diminutas criaturas, vulnerables y taciturnas.*

editorial minúscula

Hubo así, durante siglos, viviendo en una opaca e insospechable soledad, unas criaturas que pensaban que lo que surgía de su cerebro y se traducía en un ensamblaje de palabras podía servir a la humanidad. Consolarla, emocionarla, iluminarla. Muchas cosas se perdonaron al pecado de orgullo que animaba a aquellos seres. Se les escuchó con atención. A veces fueron homenajeados. Se dio su nombre a las avenidas. Se esculpieron en mármol y bronce sus rostros y sus manos. Fueron admitidos en los más importantes diccionarios, en las enciclopedias. Era justo que sus esfuerzos se vieran prolongados en algún eco. Pero en verdad, tan solo sirvieron para distraer a los mortales de su época. Y sus libros son como mudas que caen en los siglos ciegos y sordos. Porque nada cambia jamás al hombre. Nada remodela la masa con que está hecho de una vez y para siempre. La Historia no existe. El Tiempo no es más que una ilusión, el otro nombre de la esperanza. Porque se necesita una. Si no, ¿qué? Pero cómo decir eso al niño que se adentra en la edad de comprender. Somos depositarios de la eterna mentira. La prolongamos. El mundo es una bruma de calor que se eleva en el corazón de un verano que no es un verano, sino el sueño de lo que podría ser un verano si

existiera, si de verdad existiera, fuera de los libros que son las materias frágiles de nuestra memoria.

Eso es lo que intentó captar Virgile Maubert (1962-2006) en su novela *El círculo*, alrededor de la cual había girado y girado tanto que no había conseguido traducir jamás lo que cada noche mordía su sueño y sus sueños, su matrimonio y sus horas, y la novela, a su muerte, no era más que un montón de hojas manchadas con una letra inclinada, como soplada por el viento de una tempestad marina, que su mujer encontró en un cajón del despacho, mientras el cuerpo de Virgile —el hallazgo tuvo lugar treinta y siete minutos después de su muerte— todavía se balanceaba colgado del gancho de la lámpara del salón iluminado por seis bombillas de baja tensión que daban a su tez reflejos fríos y algo verdes. Pero Virgile Maubert, muerto ya antes de ser Virgile Maubert, pues se trataba de un seudónimo que había elegido y que arrastró en la intimidad familiar como una vieja zapa-tilla de seda que va perdiendo año a año su reflejo satinado, ya que su mujer, en tono de burla, cuando lo veía escribir —¡oh, hasta qué punto nuestros allegados, los que amamos desde lo más profundo del corazón, pueden ser a veces la miel que nos contenta y el ácido que nos corroe!— le decía, «Para ya de hacer de Virgile, más vale que me ayudes a fregar los platos, Benoît», pues el escritor, si bien todas las leyendas quieren hacernos creer lo contrario, es una criatura encallada en su siglo, que posee un alma, pero también un estómago, intestinos y un recto, y Virgile Maubert, cuyo verdadero apellido omitiremos, digamos que era un hombre con un apellido de hombre auténtico y con eso basta, deseó durante su breve paso por la tierra unirse a la comunidad de los literatos. No lo consiguió. No fue el único ni el primero.

& hubo uno en Esparta que cubrió el templo de Atenea con certeras fórmulas, que celebraban la piel de las muchachas, la sonrisa de su madre, el vientre de los chivos y el olor del tomillo, grabadas directamente en la piedra rubia con la punta de un clavo de hierro, y que una mañana fue detenido sin un motivo claro y encerrado en la mazmorra indiferente de una cárcel, y jamás se supo qué fue de él allí abajo, pero quienes saben buscar en las ruinas de altas civilizaciones pueden leer todavía entre los escombros de los emplazamientos sometidos a los vientos, a los siglos y a las lluvias suaves, algunos ecos de sus palabras, sus palabras que miran al gran cielo de las noches y los días a través de la finura sonriente de sus surcos.

& hubo también aquel que vivía en una casa con las paredes totalmente empapeladas con las páginas arrancadas de las peores novelas que le habían obligado a leer y que, al vivir en compañía constante de frases penosas —dormitorio, cocina, cuarto de baño, váter, armario, despacho, desván—, escribía novelas de gran empaque, pero que por desgracia jamás hallaron lectores.

& aquel a quien de repente empezó a salirle tinta de los dedos mientras sudaba agua y sangre ante una página en blanco y que, al no poder escribir ya ni una sola línea que no quedara inmediatamente anegada por el mar de tinta, acabó su vida como atracción en un circo ambulante de Moravia.

editorial minúscula

& aquel hombre, Mounir Beyoglu, que vivía cerca de Esmirna y que cada mañana se despertaba con una novela en la cabeza, después dejaba que subiera en él el deseo de escritura, durante el desayuno, y luego durante el afeitado, empezaba mentalmente el primer capítulo bajo la ducha, y volvía a acostarse en la tibieza del lecho que le servía de incubadora, operando así una especie de fermentación del texto, con el ordenador portátil siempre a su lado, como otro cuerpo, como un animal de compañía, un esclavo esperando órdenes, dejando que la mirada se le escapara por la ventana tras la cual se veía la cima de algún ciprés balanceándose al viento, ya eran más de las nueve, ni una línea se había escrito aún, entonces poco a poco lo iba dominando la pena, efecto del tiempo perdido, de la luz del día que iba invadiendo la habitación haciéndola más perfilada y menos acogedora y, al sentir de repente que el deseo de escritura y el tema de su novela se le escapaban, acababa por entregarse entre las sábanas a una melancólica masturbación que desembocaba tan solo en una eyaculación mesurada, blancuzca, acompañada de un suspiro triste.

& aquel otro, que notó que tenía un gran libro dentro de sí, una novela que escribiría con las tripas, pero a medida que iba cogitando dicha novela, que hablaba de ella a la gente de su entorno, que urdía un plan minucioso, fue víctima de unos dolores cada vez más intensos en el abdomen, unos dolores que se hicieron tan insoportables que hubo que operarlo al cabo de unos meses y el cirujano incrédulo encontró en su estómago un libro de mil páginas, desgraciadamente ilegible por culpa de los jugos gástricos, que habían disuelto por completo los caracteres impresos.

& también aquel otro que cada mes empezaba un nuevo libro, para dejar de escribirlo al cabo de unos días, como cuando abandonamos una conquista con la que ya hemos hecho el amor dos o tres veces, porque nos damos cuenta de que después de todo aquella mujer no es nuestro tipo.

& aquel poeta escocés con escasa audiencia nacional, que consiguió una invitación para un congreso en Islandia, *Nuevas vías, nuevas voces de Europa*, y al que hallaron ensangrentado y llorando junto a los cadáveres de sus colegas islandés y serbio, más afortunados que él en cuanto a la recepción de su poesía en sus países respectivos, a los que el escocés había destrozado el cráneo como si fuera una nuez y había abierto en canal desde el pubis hasta el cuello, y había hundido las manos en el cerebro y las entrañas de sus víctimas para tratar de comprender, tal como explicó a la policía de Reikiavik, «cómo estaban hechos por dentro». Y si lloraba no era porque se arrepintiese de su gesto, sino porque aquel gesto no le había permitido saber más cosas.

& aquel tímido japonés, Norio Shanori, que fue sorprendido devorando libros en una librería del barrio norte de Hokishoka y que se disculpó por haberse tragado el libro de haikus de Funshi en tres bocados, alegando «un súbito ataque de hambre».

& ese que se abstuvo de escribir durante casi un año, dejándose llenar poco a poco por su texto, aumentando día tras día su capacidad de retención a fin de que el volumen fuera de un tamaño desmesurado, tal como aguantamos la respiración el mayor tiempo posible después de habernos llenado de aire los pulmones hasta hacerlos explotar, y que el día que se decidió a poner la primera frase sobre el papel sufrió el desengaño de sentir como se vaciaba en un instante con un ruido de desagüe y no pudo retener las decenas de miles de palabras que se escapaban de él como un torrente de agua del aclarado.